

INFORME ALBERTO SILVA

Este informe intenta arrojar luz, por primera vez, sobre las gravísimas violaciones a los derechos humanos acaecidas en la base de la Fuerza Aérea Boisso Lanza.

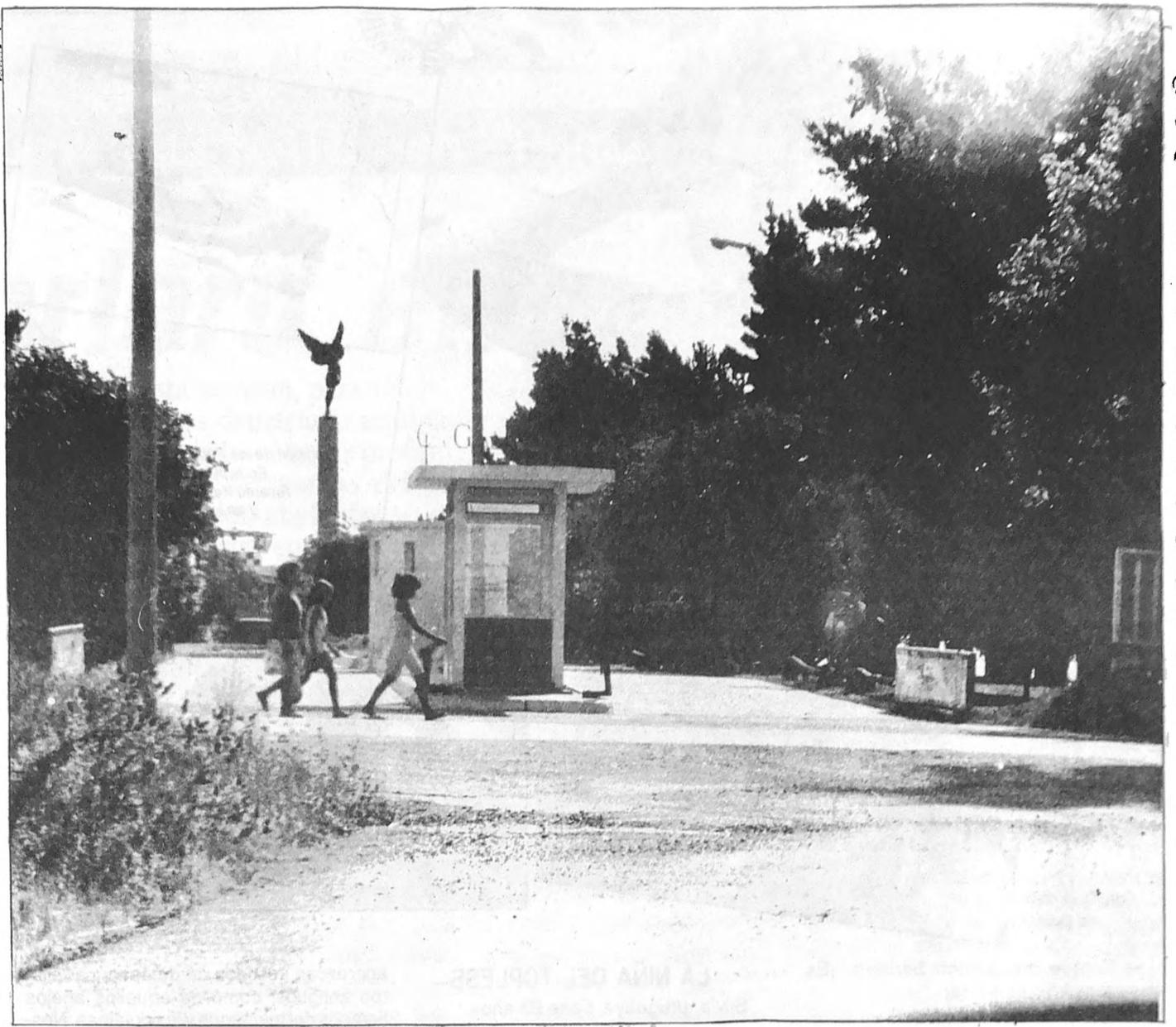
A través de numerosos testimonios, parte de los cuales resumimos en estas páginas, nos encontramos ante delitos de diversa naturaleza, secuelas impredecibles, atrocidades sin límite —que por distintas razones no habían tomado estado público— llevadas a cabo en lo que debiera ser una base de instrucción de una de las armas de las FFAA.

En el extenso triángulo que conforman las calles Instrucciones, Mendoza y las vías del tren, se encuentra esta unidad, infame campo de concentración.

Una voluminosa información, nombres de compañeros asesinados, torturas bestiales, atropellos incalificables, aparecen como resultado de esta investigación.

Intentamos, publicando parte de este material, sin detenernos en cuadros—detalles inconcebibles, alertar una vez más a la opinión pública sobre con quiénes estamos conviviendo, qué clase de médicos siguen ejerciendo y en manos de quiénes están las armas del país.

El día que la justicia sea tal en el Uruguay, la base de Boisso Lanza no sólo será conocida por el infame pacto firmado por civiles amanuenses de los militares y militares peones del imperio...



Boisso Lanza

Importantísima pieza en el trípode de terror de las Fuerzas Armadas

De las 6 de la mañana a las 10 de la noche nos custodiaban las oficiales de azul. Después venían los soldados y el infierno era total.

Los oficiales se caracterizaban por el sadismo. El alférez Cáceres por ejemplo, se dedicó durante meses a torturar permanentemente a Clarisa Bonilla, que estaba enferma. En las oficinas, adelante, en el lugar de entrada, eran constantes las violaciones de parte de los oficiales y la tropa.

Se habían especializado en la tortura psicológica. Era refinadísima. Te tenían días y días en los cuartos de la tortura, te sacaban las vendas para que pudieras ver y oír todo lo que le hacían a los compañeros.

Pasaban los días y una seguía allí sentada, y dos por tres venía uno y te decía: 'Esperá un ratito que ya te va a tocar a vos'.

"Yo llego herido y me llevan para lo que era la perrera. Tenía una herida de bala pero apenas entré en la Base comienza la tortura de rigor.

La única atención médica que recibo es de un enfermero. Estaba perdiendo mucha sangre y los torturadores tenían miedo de que pudiera perder el conocimiento y se tuviera que suspender el interrogatorio. Por lo tanto, al final, me ataron una tabla a la pierna para intentar detener la hemorragia. Cuando se cansaron de interrogarme vino el médico y me dijo: 'Tenés suerte, estás verde, te vas para el Hospital Militar'. Estaba verde de los moretones, me habían destrozado.

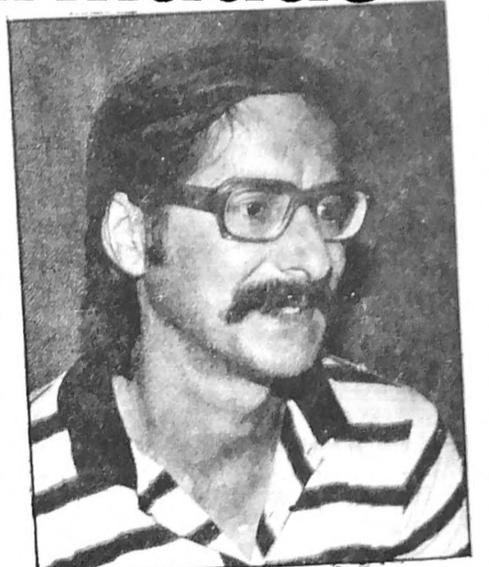
En cuanto me dan el alta en el hospital, después de haberme curado la herida de bala y las de la tortura, vuelvo al Boisso y todo se reinicia.

Una de las características de este lugar es que además de las torturas, en medio de los interrogatorios, cada tanto, nos ponían a todos afuera en el medio del campo, y nos daban terribles palizas 'porque sí'. Allí no habían preguntas de ningún tipo. Era golpear por golpear. Era su diversión.

A los meses de detenido, estando en la perrera, vino una noche el soldado González, oriundo de Rivera, y sin decir 'palabra va' me tiró un balazo en la misma pierna en que había sido herido al caer detenido. Todo era un delirio. En una oportunidad, luego de una sesión de interrogatorio muy dura, yo tenía el pecho que parecía la camiseta de Defensor, violeta, me miró, no realizó ningún tipo de cura, y su diagnóstico fue: 'La tormenta ha sido grande pero no volaron las chapas de zinc'.

"Cuando yo caí, tenía casi la certeza de que estaba embarazada. Al principio dudé si decirlo o no porque no sabía que sería peor.

Me recibieron como a todo el mundo: con la tortura, que allí se caracterizó siempre por el ensañamiento.



Luego, cuando me tenían en la perrera, me hicieron una especie de ficha y allí les dije lo de mi embarazo. Me trasladaron a la Cámara, que era una cámara de simulacros de vuelo para los pilotos. Era toda de metal, hermética. Me encerraron allí con otras cinco compañeras y me hicieron un examen de orina. Al otro día vino el médico, me sacó la capucha y me dijo: 'Bueno señora, la felicito, va a ser mamá'. Inmediatamente continuó la tortura con el mismo rigor de antes y sin variar en ninguno de sus métodos.

Estando en la Cámara aparece el mayor Pintos y le dice a la compañera de Alpino que el esposo de ella fue llevado a hacer un reconocimiento a Playa Pascual y que se les escapó. Que allí mismo en la zona había conseguido dinero y se había ido del país. Sin embargo, en los calabozos, los compañeros eran testigos del asesinato de Alpino.

Después me llevaron a la torre. Allí me empezaron a dar un poco de comida y al



"ESPERA UN RATITO QUE YA TE VA A TOCAR A VOS"

"A nosotros nos tenían en la Torre de Control, un lugar de unos ocho metros de largo. En todos los meses que estuve allí, ni a mí ni a ninguna compañera se nos permitió ninguna clase de recreo. El día que nos dejaron salir por un rato, al bajar, varias se desmayaron porque habían perdido la fuerza y el sentido de la gravedad."

Carmen Abreo, a pesar de no haber sufrido en toda su dimensión las torturas físicas, conserva hasta hoy secuelas de aquel campo de concentración. "En mi caso, la tortura fundamental fue psicológica: hacerme ver y escuchar lo que hacían a otros. Era impresionante... horrible. Donde nos tenían se filtraba agua, tan es así que me vino asma que padezco hasta el día de hoy. Solamente teníamos una ventanita a tres metros del piso. Era la única ventilación con que contábamos. La puerta estaba siempre cerrada y esa pequeña abertura, que sería de 20 por 20 centímetros, era nuestra ínfima entrada de aire.



"BUENO SEÑORA, LA FELICITO, VA A SER MAMA"

Waldemar Taroco y Nibia López son detenidos en un operativo llevado adelante por la Fuerza Aérea y son conducidos al Boisso Lanza.

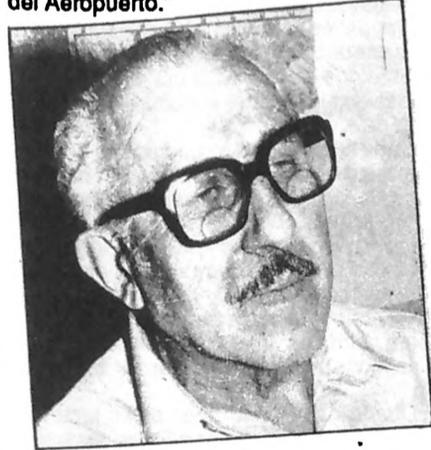
tiempo agregaron una guardia femenina.

Ellos estaban constantemente borrachos. Yo pienso que lo hacían como una especie de droga, para darse ánimo porque todo era sin interrupción. Por ejemplo, el teniente Gustavo Urbán me empezó a torturar en la casa misma donde me detienen, y continuó todos los meses que estuve en el Boisso.

Un mes antes del parto, por la poca higiene en que nos tenían, comencé a tener un cuadro de hepatitis hasta que me llevaron al Hospital Militar. Cuando me traen de regreso a la torre, me ponen incomunicada, me tienen aislada, prácticamente no me daban de comer.

Por otra parte, durante todo el embarazo, una sola vez vino un médico; que no me revisó, solo me hizo preguntas.

Cuando empecé con las contracciones me llevan al Militar. De allí no me regresan al Boisso Lanza sino a la otra base de la Fuerza Aérea, la que está al lado del Aeropuerto."



"PENSAMOS QUE ERA CUESTION DE HORAS; NOS ARRUINARON LA VIDA"

"Fui detenido en mi casa junto a mi esposa. Nos vino a buscar la Aviación y nos llevaron encapuchados. Pensamos que era cuestión de horas, que era porque mi hija también había estado detenida en ese lugar, pero resulta que de entrada estuvimos diez días de plantón."

Alcides Fernández Correa, con sus 65 años auestas, todavía no puede creer todo lo que les pasó a él y su familia, y las secuelas múltiples de su paso por las manos de integrantes de la Fuerza Aérea Uruguaya.

"Yo estaba muy mal porque tenía una operación tremenda. Me habían extraído, para hacerla, todas las costillas del lado izquierdo. Bueno, venía el dr. Mateo, un médico flaco, de lentes, pelado, que creo sigue ejerciendo, y veía que estábamos parados ahí, días y días a la intemperie, sin poder ir siquiera al baño, y decía: 'Pueden continuar'."

Yo ya no soportaba más. Un día me animé y le dije: ¿Doctor, qué es 'lo que pueden continuar'? Le manifesté el problema que tenía en mi cuerpo —yo sentía como que tenía cuchillas clavadas en la espalda—, le señalé que el cirujano me había mandado reposo absoluto, como mínimo una hora diaria. Me escuchó, me revisó y le dijo a los oficiales que me podía acostar diez minutos en el piso por día.

Yo me aliviaba un poco la espalda pero no sé qué era mejor, porque al acostarme esos minutos podía ver a través de la capucha y era un cuadro indescriptible. Gente colgada, gente tirada, la tortura con los perros, era terrible.

Durante todos esos días nadie me preguntó nada. A la tercera semana nos suben a mi esposa y a mí a un camión y nos ponen en un calabozo sobre la entrada de la Base.

Nos encierran en una pieza llena de perros y empiezan como diez a picanarnos; como diez tipos a mí y a mi señora, sin hacernos ni una sola pregunta.

Al final uno me preguntó: ¿Quién se quedó en tu casa? Entonces yo les dije: 'Hubieran empezado por eso. Ustedes ven la edad que tenemos, nuestro estado de salud, ¿y ahora me salen preguntando eso?'

No cambió nada, nunca pudieron creer lo que yo les decía. La tortura siguió, sobre todo la psicológica. ¡Las cosas que inventaban para torturarnos con la familia! Nosotros teníamos en nuestra casa a la

En las gravísimas denuncias que surgen de este informe, emergen como responsables en distintos grados, una nómina importante de integrantes de las bandas armadas de la Fuerza Aérea.

Entre otros: los capitanes Pedragosa, Amorín y Miranda; los alféreces Flores, Cáceres y Ramón Rodríguez; los tenientes Gustavo Urbán, De Thomas y López; el mayor Pintos; el suboficial Víctor Magariño; el cabo Maldonado; el sargento Nieves; el médico Mateo; Rodríguez Goffi y Arispedes; el soldado González. Junto a estos, una serie de alias y rostros que de ser cotejados con las víctimas permitirían fácilmente individualizar a todos los responsables directos de las distintas violaciones a los derechos humanos cometidos en la base aérea que nos ocupa.

El cotejo con la nómina de quienes estuvieron al frente de dicha unidad y su tropa, permitiría completar el numeroso cuadro represivo todavía impune.

nieta, que tenía ocho meses y que estaba a nuestro cargo porque a mi hija la tenían en Punta de Rieles. Cuando nos llevaron detenidos, pudimos dejársela a unos vecinos, confiando en que eran personas de bien. Lo concreto es que cuando fuimos saliendo, primero yo, después mi esposa y más tarde también nuestra hija, esta gente no nos quería entregar la nena y estuvimos moviéndonos y reclamando por todos lados. Esta gente se fugó con la niña, la secuestró y hasta hoy esto sigue igual.

Ella está pagando las consecuencias de todo esto, pobrecita. Mi hija salió con problemas síquicos; a nosotros, que no nos pudieron probar nada, nos arruinaron la vida. Yo salí con hipertensión y perdí casi la vista; mi esposa con asma. Y encima esto de la nieta."



"LO TORTURABA POR SER JUDIO Y CHAU"

"Poquito antes de mi caída habían secuestrado a un compañero menor de edad. Cuando lo sueltan —lo dejan tirado en un camino vecinal del departamento de Canelones—, nos decía que había estado secuestrado en un lugar donde oía un tren, perros y una vaca. No nos podíamos dar cuenta dónde podía ser eso. En cuanto llego a mi lugar de detención y empiezo a sentir los mismos ruidos, compruebo que me tienen en el mismo sitio en el cual había estado ese compañero."

Roberto Villanueva, no solo pudo comprobar que estaba recluido en el Boisso Lanza sino también la sinrazón del accionar de sus responsables. "Allí por ejemplo mataron al hermano de un compañero en forma gratuita. El había caído en una razzia pero no tenía militancia.

La amenaza de muerte era real y constante. A mí me pusieron varias veces en la cabeza una carabina y la martillaban al tiempo que me invitaban a correr, como para justificarse frente a sí mismos si yo daba un paso.

Una de las prácticas de presión constantes era no darnos agua ni comida: cuando nos daban algo de comer eran las sobras de la tropa.

Fue un centro muy duro de torturas. Se producen asesinatos y también hubo allí personas detenidas por delitos comunes, quienes no escapaban al tratamiento que nos daban a nosotros. Por ejemplo hubo una pareja que estaba detenida por contrabando de joyas y los comentarios eran

que querían enloquecer a la mujer y matar al marido por ser judío. La intención era quedarse con las joyas.

Había un personaje represivo llamado Arispedes, que le decía a este hombre que él peleaba contra los comunistas y los tupamaros, pero que a él lo torturaba por ser judío y chau."



"ERA UNA BENDICION QUE NOS METIERAN EN LAS PERRERAS"

"Cuando llego, se había producido un asesinato, por lo que el ambiente estaba muy tenso.

Tenían a un compañero sentado en la piscina de los perros. El no estaba muy bien. Le habían dicho que si se levantaba lo fusilaban. Cuando no aguantó más, avisó que se iba a levantar; en cuanto se paró, lo asesinaron.

Después estando yo en el calabozo 3, siento que a un compañero que lo traen de la máquina lo tiran al piso en el calabozo 1. El golpe fue tremendo. A la madrugada le dan una mojadura. Amanece muerto."

Miguel Fernández, sobreviviente del Boisso Lanza, da cuenta del recibimiento en la base. "Era uno solo: piña-picana. Te fajaban 'como quien lava y no tuerce'. La tropa era la encargada de 'la bienvenida'. Los oficiales se sentaban a mirar preparándose para los interrogatorios.

Todos los que estuvimos allí, en algún momento, pasamos por cuadros delirantes. No solamente por las torturas sino por días y días sin comer ni tomar una sola gota de agua. La primera vez que pude tomar un poco de agua fue en la perrera, donde quedaba en los tachos de los perros. Ahí también mordisqueé un pedazo de carne de un hueso. Aunque parezca mentira, era una bendición que nos metieran en las perreras.

En el Boisso la 'máquina' era continua. Llegó un momento en que éramos tantos que no les alcanzaban las capuchas. Nos 'tabicaban' con toallas, y a veces tampoco les alcanzaban. Entonces nos tapaban la cara con pañuelos y nos bajaban los gorros. Aun los compañeros que caían con niños, ni ellos ni los niños se salvaban de pasar por un tratamiento de rigor.

Las violaciones eran práctica común,

incluso cuando realizaban razzias y todavía no sabían quién era quién; después soltaban a parte de las detenidas.

El día que me trasladan al Penal fue con otros compañeros. Éramos 24 en total. Nos atan a todos con alambres, así que cuando se movía uno, llorábamos todos.

Hicieron un gran despliegue. Adelante iba un jeep, luego nosotros en el camión del ejército, atrás otro jeep y una camioneta. Todos armados hasta los dientes."



"¿COMO VAN A OCURRIR ESAS COSAS EN EL PAIS?"

"Vinieron a casa de madrugada. Rompieron todo, pisaron todo y se la llevaron. Habían rodeado toda la calle. Fue un despliegue impresionante. Nos dijeron que se la llevaban a Jefatura."

Amabelia Umpiérrez veía impotente cómo su casa, en Sayago, a muy pocas cuadras del Liceo 23 donde estudiaba su hija, era el escenario desde donde ésta emprendía un camino que las Fuerzas Armadas quisieron que fuera sin retorno.

"Estuvimos en todos los cuarteles y nadie nos quería dar informes. No nos querían decir nada hasta que al final me dijeron que podía estar en la base aérea de al lado del aeropuerto. Allí fui y me atendió un soldado, el único en todas las recorridas que me atendió bien y fue él quien me dijo que por todo lo que yo le contaba, pensaba que podía estar en Boisso Lanza.

En el Boisso me dijeron que no, hasta que al final reconocieron que la tenían. Cuando la pude ver, en una pieza toda rodeada de soldados, me pidió por favor que no le tocara la espalda. La tenía muy lastimada, pero no me podía decir nada porque estábamos rodeadas."

Diversos compañeros de María Clarisa Bonilla fueron testigos del despidado ensañamiento que hubo con esta combatiente a pesar de estar enferma.

Una sola anécdota es elocuente por sí sola de lo que ocurrió con esta compañera, y también de lo dificultoso, que es muchas veces para gente sencilla de pueblo, crear las bestialidades que fueron capaces de realizar quienes se apoderaron del poder. "Me dieron los zapatos de ella para que los fuera a arreglar. No se imagina cómo estaban... estaban redondos. El zapatero, que es un vecino, no me creía cuando yo le contaba la situación en que mi hija estaba, todo lo que estaba pasando y padeciendo. Cuando yo le hablaba de ello me decía que exageraba, que cómo iban a ocurrir esas cosas en el país. Cuando el hombre vio los zapatos quedó tan impresionado... no lo podía creer. Decía y repetía: 'No puede ser, no puede ser'."

Se ve que tenía los pies hinchados de una manera bestial por la forma en que estaban esos mocasines."

